

## CONTRALECTURAS

### Doña Inés, la memoriosa

JUAN CARLOS SANTAELLA

Toda memoria se construye a partir de la trascendencia que el lenguaje le otorga. No hay memoria o recuerdo, si no poseemos un lenguaje que la invoque, la convoque y la invente. Toda memoria, la colectiva y la individual, se sostiene a partir de sus atributos narrativos, sean estos orales o escritos. En todo caso, la vida es posible en tanto la misma se construye en el interior de los lenguajes que genera y en las múltiples imágenes que acuden a enfatizar los gestos, para nutrir las voces dentro de un ámbito exclusivamente discursivo. Sin palabras no hay realidad o, dicho de otra forma, sin realidad no podría haber lenguaje, pues sólo éste permite fundar la realidad, hacerla evidente y, en consecuencia, cambiarla. Cada palabra contiene, en esencia, un mundo referencial a partir del cual la historia de cada hombre y de todo pueblo, transita a través del tiempo. Tiempo, memoria y lenguaje conforman el centro fundamental hacia donde converge la experiencia particular de todo aquel capaz de arraigarse en su propia cultura.

La historia venezolana ha sido una fuente riquísima en materia de fabulación literaria. Podríamos afirmar, sin ánimo de sobrevaluar los alcances narrativos de lo que se suele llamar "novela histórica", que una buena parte de la imaginación literaria nacional, proviene de los hechos directos de su historia política, económica y cultural. Esta verdad, sin embargo, no nos impide a su vez reconocer que esta misma historia se pudo, por otros medios estéticos, transfigurar en otros autores en una escritura menos referencial, pero legitimada en sus propios intereses estilísticos y temáticos. En todo caso, la historia aparece, oculta o visible, en todo lo que ha sido la experiencia literaria venezolana. Esta característica no es exclusiva de nuestra realidad artística o literaria. Una de las fuerzas temáticas más importantes elaboradas en Latinoamérica, surge de sus correspondencias reales y virtuales con los hechos históricos. En tal sentido, tenemos una tradición, entre otras, que parte afianzándose en las corrientes subterráneas y superficiales de todo el devenir histórico. Hay una historia de las mentalidades, de los mitos cotidianos, de las obsesiones, de lo imaginario, de la cultura popular, de las élites y de la vida privada, en suma, que transcurre de muy diversos modos en nuestra literatura de ficción.

No hay un solo escritor cuya obra no admita, al menos en los intersticios ocultos de sus temáticas, rasgos y climas que refieran sutilmente una conciencia sumida en un espacio y en un tiempo preciso.

En 1990 aparece en el panorama literario venezolano de entonces una novela que, debido a su particular manera de relatar el paso del tiempo insistiendo, a su vez, en recuperarlo para la memoria, creará ciertas expectativas críticas en torno a ella. Me refiero a **El exilio del tiempo**, de Ana Teresa Torres, novelista que irrumpe con una fuerza singular y con un poder de congregación con respecto a los lectores que adquirieron su novela, como muy pocas veces había ocurrido en los últimos diez años. La primera edición de esta novela se agotó rápidamente, para asombro de su editor. La recepción de la misma, si bien no produjo un abundante material crítico, sí en cambio originó un aspecto fundamental y consagratorio para todo escritor en ciernes: lectores atentos. En lo sucesivo, **El exilio del tiempo** obtendría comentarios elogiosos y adversos. En ambos casos, nunca atendidos a verdaderos análisis e interpretaciones nacidas con honestidad desde la obra en cuestión. Sea como fuere, el nombre de Ana Teresa Torres se convirtió en una referencia de primer orden y su obra se inserta dentro de un grupo considerable de autores, entre hombres y mujeres, que están, en muchos aspectos, renovando la actual literatura nacional.

Después de haber obtenido un primer éxito con esta novela: éxito traducido en numerosos lectores y en dos reconocidos premios nacionales, Ana Teresa Torres publica una segunda novela titulada **Doña Inés contra el olvido** bajo el sello editorial de Monte Avila. Quizás sería un poco recurrente decir que la memoria y el tiempo, cuestiones al fin y al cabo emparentadas en su secreta identidad, son los elementos que articulan, desde el punto de vista ficticio, a toda la obra de A.T. Torres. En muchos aspectos, **Doña Inés contra el olvido** prolonga, en cuanto a sus recursos temáticos y a la obsesión del tiempo reconstruido como materia de la historia, las figuraciones argumentales del **Exilio del tiempo**. La diferencia radica en los alcances formales que median entre una y otra. Su primera novela es, a mi juicio, más sencilla en cuanto a los mecanismos internos del relato y por ello, la historia fluye con más naturalidad, con mayor fuerza narrativa. En la segunda, en cambio, los registros narrativos cambian para dar paso a una textualidad más exigente, a un dominio del lenguaje mejor referido a sus complejidades estilísticas. **Doña Inés** es una novela que aspira a una totalidad, dentro de la cual los lenguajes sirven para tejer los hilos de la historia, de la oralidad, de las intrigas, sucesos, confesiones, crueldades y venganzas. Como tal es un fresco armonioso donde se dan cita las pasiones que han movido a esta indefinible república. **Doña Inés contra el olvido** es, si se me permite expresarlo así, una metáfora perfecta de la desilusión y la nostalgia republicana en todos los tiempos. Un litigio que da lugar a un "chisme" narrativo contado con la exigencia novelística del caso. Tres siglos que esconden la impostura, la premeditación, la usura, el desparpajo político, la cursilería nacional, el desconuelo y el fracaso de todos los proyectos. En fin, la memoria aterrada y fehaciente de un país que no termina de serlo.